

**Tipo de Publicación:** Artículo**Recibido:** 17/05/2022**Aceptado:** 25/06/2022**Autor:** Jaida Dorielis González

Lcda. Contaduría Pública

Especialista en Gerencia Social, Mención Seguridad Social

Doctora en Gerencia Avanzada

Postdoctora en Filosofía e Investigación

Docente Universitaria

Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez (UNESR)

Barquisimeto–Venezuela

 <https://orcid.org/0000-0002-8204-700X>**E-mail:** gonzalezjaida@gmail.com**Autor:** Julio César Blanco Rossitto

Ingeniero Electricista

Especialista en Gerencia Empresarial

Doctor en Gerencia Avanzada

Postdoctor en Filosofía e Investigación

Universidad Nacional Experimental del Yaracuy (UNEY)

San Felipe–Venezuela

 <https://orcid.org/0000-0002-8204-7851X>**E-mail:** [blancorossitto@gmail.com](mailto:blancorossitto@gmail.com)

## FILOSOFÍA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA, UN FRAGUAR DE IDEAS

### Resumen

El siglo XX, se apodera de las agitaciones producidas por una serie de conflictos en el discurso filosófico, nuevos problemas sociales, económicos, científicos y lógicos. La filosofía contemporánea, se enfoca en intentar reformar, preservar, también alterar o abolir, viejos sistemas de conocimiento. Uno de los primeros distanciamientos entre la filosofía moderna y la contemporánea, surge con el positivismo el cual propone la experiencia y la aplicación de un método analítico como forma exclusiva de obtener conocimiento. De esta manera, las corrientes filosóficas contemporáneas, abordarán con otros enfoques, las cuestiones sociales; así irrumpen dos tipos de ciencias con objetivos y métodos diferentes: las ciencias de la naturaleza procuran explicar, establecer leyes derivadas de otras; mientras que las ciencias del espíritu, procuran comprender, captar un significado, desde la trama de significados y significantes de la acción humana. Este artículo, cuya metódica se basa en la investigación documental interpretativa, consulta varias fuentes bibliográficas y autores, con los cuales se contrasta el pensamiento propio en un diálogo intersubjetivo; tiene como propósito, conducir un tránsito reflexivo hacia temas como el fraguar de la filosofía de la modernidad y su crisis, hasta decantar en algunas de las escuelas filosóficas más importantes de la contemporaneidad.

**Palabras Clave:** Filosofía, modernidad, contemporaneidad

---

## MODERN AND CONTEMPORARY PHILOSOPHY, A FORGE OF IDEAS

### Abstract

The twentieth century seizes the upheavals produced by a series of conflicts in the philosophical discourse, new social, economic, scientific and logical problems. Contemporary philosophy focuses on trying to reform, preserve, also alter or abolish old systems of knowledge. One of the first distances between modern and contemporary philosophy arises with positivism, which proposes the experience and application of an analytical method as the exclusive way of obtaining knowledge. In this way, contemporary philosophical currents will address social issues with other approaches; Thus, two types of sciences with different objectives and methods burst forth: the sciences of nature seek to explain, establish laws derived from others; while the sciences of the spirit seek to understand, capture a meaning, from the web of meanings and signifiers of human action. This article, whose method is based on interpretative documentary research, consults several bibliographic sources and authors, with whom the own thought is contrasted in an intersubjective dialogue; Its purpose is to lead a reflexive transit towards topics such as the forge of the philosophy of modernity and its crisis, until decanting in some of the most important philosophical schools of contemporaneity.

**Keywords:** Philosophy, modernity, contemporaneity

## Introducción

En la antigüedad, la filosofía devenía de la realidad objetiva para efectuar sus reflexiones; luego, en la Edad Media, la filosofía de aquel tiempo había emprendido tomar a Dios como centro referencial del pensamiento y la actuación; en cambio, la llegada de la filosofía moderna propone una transformación sustancial como consecuencia de la instalación de la subjetividad en el foco del acontecimiento, ya que anteriormente se consideraba que la verdad solo la poseían los reyes y la institución eclesiástica, quienes pretendían una relación directa con Dios. Fueron numerosos los eventos que se sucedieron hacia el final de la Edad Media, tanto en el orden social, como en el político, cultural y filosófico; algunos de ellos cuestionaban los modelos que regían el pensamiento escolástico, de manera que los acontecimientos terminarán por abrir el paso a la resplandeciente modernidad.

Desde este contexto, germina la filosofía moderna, espíritu de una época que acogió varias corrientes del pensamiento que personificaron un cambio en la noción de la religión, como centro de la vida de los individuos. Es decir, el individuo se interesó más por los temas humanísticos, naturales, lo que promovió el desplazamiento de las ideas y creencias que había impuesto la Iglesia (Lamana, 2010). En ese sentido, dicha manifestación planteó que los seres eran sujetos racionales, con la habilidad de desarrollar conocimientos para establecer sus propias opiniones sobre las

circunstancias que los rodeaban. Es así como, racionalismo y empirismo, debatirán dos concepciones confrontadas del saber: la razón y los sentidos. El positivismo como corriente filosófica y paradigma, reinará casi solitario, con absoluto dominio en los círculos científicos durante mucho tiempo.

La modernidad abrazará el mundo, portando un estandarte de justicia, igualdad, equidad, libertad y progreso. Su curso por América Latina, tendrá peculiares contrastes que la vinculan con el surgimiento de las nuevas repúblicas, manifestado en el espíritu romántico de los padres libertadores, fundadores de naciones. Sin embargo, su fortaleza comenzará a mostrar signos de debilitamiento, desgaste, contradicciones que abrirán nuevos caminos al pensamiento. Desde el mismo seno del positivismo, surgirán pensamientos críticos, maneras distintas de captar la realidad. Aparecerán entonces, diferentes corrientes filosóficas durante la contemporaneidad, signadas fundamentalmente por perspectivas y puntos de vista que intentarán comprender la complejidad del hombre desde nuevos planteamientos; entre ellos: fenomenológicos, existencialistas, estructuralistas y hermenéuticos.

## Fraguar de la Filosofía de la Modernidad

Partiendo de los planteamientos precedentes, nos apoyamos en Severino (1986), quien traza lo siguiente: la filosofía moderna nace en el siglo XV,

justo cuando el hombre comienza a manifestar que las explicaciones anteriormente válidas para todo, ya son insuficientes. La modernidad, florece en el Renacimiento y de la Reforma Protestante, se extiende hasta los últimos años del siglo XX, cuya principal característica es la subjetividad; instala una transformación en la manera de exploración sobre los problemas o temas centrales de la vida y el sujeto. Tras siglos y siglos de filosofar acerca de cuestiones circunscriptas a lo teológico, nace un espíritu reaccionario de protesta en contra de la postura tradicional de la filosofía. Una de las preguntas que generó cierto rechazo hacia la ideología que dominaba en la época, fue por qué Dios se comunicaría solo con los reyes o sacerdotes y no con todos los hombres por igual; no obstante, el centro de la discusión no era el cuestionamiento de la existencia de Dios sino más bien se centraba en determinar las cualidades del conocimiento humano.

Las perplejidades que se plantean sobre la posibilidad de un conocimiento objetivo de la realidad material o divina, hacen del problema del conocimiento, el punto de partida de la reflexión filosófica. La filosofía antigua tomó a la realidad objetiva como punto de partida de sus reflexiones; en el medioevo, Dios fue la referencia, y en el caso de la filosofía moderna, es la subjetividad la base de esta propuesta. La preeminencia de la filosofía moderna fue pregonar al ser como un ente capaz de renovar el mundo mediante su visión subjetiva.

En este ámbito de consideraciones Toro (2007), sostiene que la duda, la investigación, la razón, son las grandes figuras y los pilares sobre los cuales se fundamentó la filosofía moderna; la misma se caracterizó porque sus representantes orientaron sus estudios e ideas en tres áreas: la naturaleza física (o el mundo), Dios y el hombre; estos últimos no se comprendían como objetos reales, sino como imágenes de la razón. A la representación del hombre se le otorgaba un carácter preponderante, el cual originó el desplazamiento de una creencia teocéntrica medieval a una antropocéntrica naciente. Es decir, el individuo se concebía como creador, guía de la realidad, incluso ante el reflejo de Dios, a quien solo le correspondía transmitir la verdad.

Durante la modernidad, también emerge en el ámbito filosófico, el denominado desarrollo del humanismo, que, sumado a la revolución científica propuesta en las conclusiones de Nicolás Copérnico (1473 – 1543), con su teoría heliocéntrica de la tierra, provocaron la caída de la escolástica vigente y el resurgimiento de nuevos esquemas conceptuales, totalmente lejanos de viejas disputas filosóficas, que normalmente se dirimían a instancias de una autoridad platónica o aristotélica, según correspondiera. La influencia de la escolástica, fue esencial para entender la vinculación que hubo entre la fe y la razón; en cambio, con las expresiones renacentistas, se forjó un nuevo modo de orientar la reflexión y el juicio

del hombre; de ahí proceden las primeras expresiones de la filosofía moderna. Esas manifestaciones se caracterizaron porque los seres ya no justificaban sus ideas para convencer, sino para mostrar la relación causal que había entre las acciones y decisiones. Por tanto, fue necesario despojar los pensamientos de los prejuicios que transmitió el conocimiento medieval.

En sintonía con las ideas que se han planteado hasta ahora, quizás sea oportuno reconocer que, en el transcurso maravilloso de la aventura del pensamiento humano, cada época responde a sus propias inquietudes, sueños y aspiraciones, a la vez que genera sus principios, reglas y narrativas. Freud (citado por Fogar, 2013), habla de la pulsión como fuerza ciega e inconsciente que actúa inducida por la necesidad de satisfacer los deseos mediante la sublimación de la libido. Daros (2015), lo expresa en estos términos: “La vida de los hombres y de las sociedades es, pues, la biografía del deseo e intereses, la estimulación y la evolución de los mismos” (p. 55).

En este contexto, Hegel (citado por Fogar, 2013), desarrolla su teoría acerca de la historia, ciencia motorizada por la dialéctica que permite estructurar, además de proyectar los hechos particulares sobre la totalidad expresada por una realidad socio-político-cultural. De algún modo, los procesos históricos revelan los deseos, las aspiraciones que albergan los hombres, quienes manifiestan sus contradicciones o pugnas mediante

la formulación y aplicación dialógica de tesis, antítesis y síntesis.

Es así como, durante más de trescientos años, la modernidad buscará una salida al cansancio del pensamiento escolástico predominante en la Edad Media, y comenzará a producir los cambios que demanda la aparición de una clase burguesa, para implantar el modo de producción capitalista (mercantilista en sus inicios, luego industrial), en sustitución del régimen feudal. Los deseos de esta nueva clase social, se verán influidos y representados por el cambio de modelos: geocentrismo / teocentrismo / mundo orgánico; propio del medioevo, por el heliocentrismo / antropocentrismo / mundo máquina; postulados por notables filósofos, religiosos y científicos de la modernidad: Copérnico, Bruno, Descartes, Newton, Calvino y, Lutero. Como suele ocurrir, estas aspiraciones verán en Guillermo de Ockham (1285-1347), a un adelantado quien planteó la demostrable existencia de *los individuos* por sobre *los universales*, que él consideraba solo nombres, conceptos o abstracciones mentales, base fundamental del llamado nominalismo que conducirá a la supremacía de la razón por sobre la fe (Gómez, 1986).

### **Pioneros de la Filosofía Moderna**

El filósofo francés René Descartes (1596 – 1650), es considerado como el ‘padre’ de la filosofía moderna. La ciencia matemática y geometría

analítica, son consideradas su invención; además propuso que, para evitar el error, conviene disponer de inteligencia, la cual debe ser aplicada adecuadamente; es decir, requiere sí o sí, de un método para ejecutarla. Descartes (2010), fue el promotor y pionero del racionalismo, doctrina donde se asegura que la realidad es racional; por tanto, es exclusivamente comprensible mediante el uso de la razón; a su vez, el método sugerido, se circunscribe a las matemáticas, una ciencia exacta.

Su proposición primordial fue la llamada duda metódica, la misma involucraba someter a juicio todos los conocimientos existentes para así encontrar principios inequívocos, sobre los cuales se fundará el saber o conocimiento. Una expresión suya, que traspasaría a la posteridad ilustra el pensamiento: *cogito, ergo sum* (pienso, luego existo). En este orden de consideraciones, el método cartesiano enunciaba para todas las ciencias, descomponer los problemas complejos en partes más simples, hasta descubrir sus elementos básicos que se presentan ante la razón de carácter evidente y así continuar, a partir de las mismas, a reconstruir todo el complejo.

Asimismo, conviene destacar la influencia de los empiristas, otro grupo de filósofos que aportó y fue determinante en la filosofía moderna como los racionalistas. Entre ellos se encontraban tres ingleses muy notables: John Locke (1632 – 1704), quien concebía la conciencia humana como si fuera una habitación vacía, que posteriormente sería

llenada por las ideas producidas por la percepción sensitiva; George Berkeley (1685 – 1753), era obispo y filósofo; con su principio *esse est percipi* (ser es ser percibido), aseguraba que toda la realidad solo existe al ser percibida, dudando de la materia y de la existencia independiente del tiempo y del espacio. Según él, la realidad pasa por el tamiz de la percepción humana, consecuentemente, lo que no percibimos, no existe.

Por último, David Hume (1711 – 1776), distinguía entre las impresiones (percepción de la realidad externa) y las ideas (el recuerdo que deja una impresión). Sus planteamientos filosóficos terminaron por separar la fe de la razón y se concentraron en el estudio de la ley de causa-efecto, tan empleada por los positivistas. Como puede apreciarse, los empiristas sustentaban como principio fundamental del conocimiento, la experiencia sensorial como única fuente confiable para aproximarse a la realidad; tesis que confrontaba las posturas racionalistas.

Estas discrepancias se mantendrán sin aparente solución posible, hasta que, hacia finales del siglo XVIII, emerge la figura de otro gran filósofo, Immanuel Kant (1724 – 1804), quien se propuso la titánica tarea de unir racionalismo con empirismo; sin embargo, no logró su presuntuosa aspiración de unidad en su totalidad, porque los altercados y controversias entre ambos bandos de la filosofía moderna persistieron.

La contribución de estos personajes será determinante para dar un giro copernicano a la manera de practicar, comprender y ejercer la ciencia. Con sus aportes, se reconfigurará una novedosa visión epistemológica donde la recolección, estudio y análisis de los datos, la búsqueda de la verdad mediante la experimentación, la concepción de la abstracción numérica como expresión de la realidad, pasarán a ser moneda común. También, a finales del siglo XVIII, el enciclopedismo francés (Montesquieu, D'Alambert, Diderot, Rousseau), delineará los nuevos valores sobre los cuales se consolidará el sueño por un mundo mejor: igualdad, equidad, justicia, derechos del hombre y del ciudadano; entonces se adquirirá la noción de un mundo perfectible, en constante progreso social, científico y tecnológico, escenario ideal para la democracia.

### **¿Se Derrumba la Modernidad? Latinoamérica, una Realidad.**

El programa filosófico de la modernidad pregona un paradigma sumamente atractivo: el progreso constante y permanente de la humanidad a través de la ciencia y la tecnología; sin embargo, más de trescientos años después, esta metáfora de un mundo perfectible, a veces utópico, sufrirá sus desencantos. La modernidad traerá consigo sus propias contradicciones y baches. Aparecerá con ella el descontento, las inquietudes y el escepticismo que darán inicio a una visión crítica. ¿Las causas? Son múltiples: los deseos insatisfechos, la

imposibilidad del racionalismo para explicar y comprender fenómenos de la espiritualidad bajo consideraciones supralógicas e ilógicas, la demanda por la comprensión de una condición humana que dé cabida al instinto; la persistencia de las injusticias sociales, la explotación del hombre, el consumismo, entre otras.

Tres figuras del pensamiento expresarán estas disconformidades de manera trascendente: Nietzsche, al preconizar la muerte de Dios y advertir que el hombre está solo en el universo; Marx, desde sus posturas revolucionarias basadas en el materialismo dialéctico, la lucha de clases, la dictadura del proletariado; y Freud, quien mediante el descubrimiento del subconsciente y del inconsciente, llevará a cuestionar “el ideal de sociedad que (...) suponía (...) una racionalidad pura y aséptica” (Fogar, citado, p. 15).

Para el caso específico de Latinoamérica, no es difícil visualizar cómo el ánimo de la modernidad se expande de manera asíncrona a todo lo largo y ancho del continente. En efecto, su avance será desequilibrado, lleno de matices y bemoles; al punto que, consumidas las primeras dos décadas del siglo XXI, cuando según algunos teóricos, emite estertores de muerte y surge la posmodernidad, existen y persisten lo que Landa y Bolívar (2019) reconocen como formas premodernas residuales; nada halagadoras; caracterizadas por “aspectos como el caudillismo, el evergetismo, el clientelismo” (p. 65).

Sabido es, de acuerdo a ciertas topologías esmeradas en periodizar la historia, el tiempo de arranque o inicio de la modernidad ocurre, bien con la caída de Constantinopla a manos de los turcos en 1453, o con el mal denominado descubrimiento de América en 1492. Traducido en breves palabras, podría considerarse que la modernidad comenzó a forjar sus cimientos en el preciso momento cuando Américo Vespucio avistó tierra desde una de las calaveras comandadas por Colón.

Aunque los datos son muy exactos, aquí resplandece la primera paradoja por cuanto entendemos que ningún proceso histórico surge de la nada; por el contrario, siempre existe un caldo de cultivo que preconiza lo que vendrá. Esto suele llamarse de forma muy simple: antecedentes. Bajo este concepto es fácil dilucidar que, en Europa, las raíces de la modernidad se sumergen en el medioevo, e incluso en la era clásica y la antigüedad. Sin embargo, en el caso de América, no hubo antecedentes y la modernidad tocó tierra en nuestros territorios, el mismo día cuando la planta española holló el suelo americano. Parece una exageración, pero el espíritu moderno comenzará a recorrer nuestros lares como brisa fresca, fuego ardiente, aurora incendiaria, borrasca trémula, ventisca tormentosa y mil epítetos más que traducen en forma metafórica muchos eventos: el despojo, la violencia, la muerte, el idioma, el cristianismo, las costumbres, la sangre, el yugo, la libertad, entre tantos otros.

Es así como se impusieron religión, valores y costumbres. Se obligó a otros hermanos a venir del África para sumar sus brazos a las labores de la tierra. Al final se produjo un crisol de razas que nos hizo mestizos. Con la conquista y durante trescientos años, también arribaron los paradigmas de la modernidad: prevalencia de la razón sobre la fe, posicionamiento del hombre como centro de preocupación y reflexión filosófica, conciencia de la individualidad que condujo posteriormente al concepto de ciudadano. A finales del siglo XVIII y principios del XIX, llegarán también las ideas de la ilustración: la educación naturalista y el concepto de contrato social de Rousseau, el liberalismo de Locke, la división tripartita de los poderes del estado de Montesquieu. Todos estos aspectos serán aportes significativos para que los libertadores forjen los nuevos estados nacionales, las emergentes repúblicas de sueño y deseo.

Es un hecho muy comentado por los historiadores, que los filósofos de la ilustración y el enciclopedismo, produjeron una gran influencia sobre el preclaro Simón Rodríguez; quien a su vez depositó en Simón Bolívar, aún niño, la semilla de aquellas revolucionarias ideas de redención y libertad, que inspiraron al futuro Libertador a pergeñar un proyecto propio para las nacientes repúblicas americanas. Un ejemplo de lo aquí señalado, se encuentra en el Discurso ante el Congreso de Angostura del 15 de febrero de 1819. Allí, Bolívar (1982), cita explícitamente a

Montesquieu cuando exclama: “...un cuerpo representante no debe tomar ninguna resolución activa; debe hacer leyes y ver si se ejecutan las que hace” (p. 133). Igualmente refiere a Rousseau: “La libertad, es un alimento succulento, pero de difícil digestión” (Bolívar, citado, p. 117).

En este importante documento se observa además, el Libertador se inscribe dentro del estilo de pensamiento romántico; el cual constituye una respuesta rebelde a los paradigmas incumplidos de la modernidad, puestos de manifiesto a través de las obras de pensadores, poetas, y músicos importantes como: Goethe, Byron y Beethoven, entre otros. Bien aclara Fogar (citado), que el Romanticismo significó una ruptura de cánones estéticos y morales proclives a la modernidad; que reivindica la naturaleza, la magia, la tradición, la rebeldía; a los que se desean sumar, la revalorización de la nocturnidad como metáfora de la incertidumbre y la reivindicación del yo como principio humano trascendente.

### **El Paradigma Positivista**

Como puede apreciarse de los párrafos anteriores, no ha sido fácil el avance del conocimiento en el desarrollo de la filosofía y las ciencias; por tanto, su devenir se muestra convulso, pasando de momentos florecientes a etapas oscuras. Si se obvia el dilema sobre la veracidad o ficción de algunas historias, podría hacerse un ‘catálogo de instantes’ que logran plasmar esta paradoja de la luz

y de la sombra. Entre los instantes luminosos estarían: el grito *¡Eureka!* que profirió Arquímedes cuando salió desnudo de la bañera, por idear un método que permite calcular el volumen de los cuerpos irregulares; y la mítica manzana que despertó a Isaac Newton de un plácido sueño que posteriormente lo conduciría a la postulación de la teoría gravitacional. A su vez, los instantes oscuros dan cuenta del *E pur si muove*, de Galileo Galilei, obligado a abjurar de su teoría heliocéntrica, o del frenesí que acompañó a Giordano Bruno al morir en la hoguera de la Santa Inquisición, por decir que el universo es infinito.

Quizás fue esta lucha entre la luz y las sombras, una de las motivaciones que indujeron a hombres como Auguste Comte, John Stuart Mill, Henri de Saint-Simon, John Locke, y David Hume, a postular los fundamentos del paradigma positivista; no por casualidad surgido de la necesidad de legitimar los estudios científicos naturalistas del ser humano, iniciados durante el iluminismo y la ilustración del siglo XVIII. De este modo y según Martínez (2000), los positivistas, partieron del “análisis de la sensación como en piedra segura (episteme), tratando de establecer un origen sensorial para todos nuestros conocimientos” (p. s/n).

El paradigma positivista, se vale de la analogía del ‘modelo especular’ usado por Locke, para explicar que el conocimiento se adquiere mediante el reflejo, —en el interior de la mente como

si se tratara de un espejo—, de una realidad externa, hecha y acabada; de allí la objetividad científica citada hasta el cansancio por los positivistas. Guba y Lincoln (2002), resumen la matriz paradigmática del positivismo en una ontología fundada en el —así llamado por Bertrand Russell—, ‘realismo ingenuo’, el cual supone que la ciencia proporciona una descripción literal o estructural de un mundo objetivo; una epistemología dualista y objetivista, resaltando la independencia que debe existir entre el investigador, el objeto investigado y un método experimental que procura la comprobación de hipótesis.

### **La Crisis del Positivismo Lógico**

El positivismo lógico, también conocido como empirismo lógico, es una rama de la filosofía que toma las experiencias humanas como las responsables por la formación de ideas y conocimiento, desarrollada por un grupo de pensadores, quienes conformaron el Círculo de Viena y el de Berlín. Usa herramientas lógicas formales, para sostener una explicación empirista del conocimiento del mundo, de manera que sostenía, que las verdades de la lógica y las matemáticas, eran tautologías; y las de la ciencia, eran una aseveración empíricamente verificable. Estas dos verdades constituían el universo entero de juicios con significado, cualquier otra cosa era un sinsentido. Los positivistas lógicos adoptaron el principio de verificación o verificacionismo; según el cual, toda aseveración con significado, es una

proposición analítica; o bien, es susceptible de ser verificada a través de la experiencia.

Según las ideas trascritas *ut supra*, puede apreciarse que, desde inicios del siglo XVII, se había impuesto el positivismo clásico como verdad casi absoluta en los círculos científicos. A comienzos del siglo XX, en su obra *Tractatus Lógico-Philosophicus* (1921), Ludwig Wittgenstein, postulaba que “había un grupo numeroso de palabras y proposiciones que designaban directamente partes de la realidad” (Martínez, citado, p. s/n), lo cual fue argumento suficiente para que el Círculo de Viena: un grupo de científicos y filósofos entre quienes se cuentan Carnap, Gödel y Ayer, plantearan las ‘definiciones operacionales’ con las cuales se enlazaban las proposiciones con la realidad, instrumento metodológico básico del positivismo lógico.

Paradójicamente, es el mismo Wittgenstein — personalidad controversial— quien, a partir de la tercera década del siglo pasado, contradice su anterior forma de pensar, negando la relación directa entre una palabra y el objeto, a la vez que manifiesta que las palabras están definidas por los contextos en que se usan; en consecuencia, el espíritu humano solo es capaz de traducir la realidad atendiendo a ideas preconcebidas. Estas afirmaciones suponen una dificultad epistémica insuperable, al decir de Popper y coincide con la opinión de varios científicos que asistieron al Simposio Internacional convocado por la Universidad de Chicago (1969),

desmoronando las bases del positivismo lógico y abriendo el camino hacia el post-positivismo (Martínez, citado).

Pero no solo el positivismo lógico, adolecía de las señaladas ‘dificultades epistémicas insalvables’, también el positivismo clásico incurría en ‘baches’, uno de ellos –y no el menos importante– consistía en su incapacidad para explicar el comportamiento de las partículas a escala atómica o subatómica, ni el de los cuerpos celestes, a escala macroscópica; evidenciando que las leyes de Newton y sobre todo, el principio de acción y reacción, respondían a un caso particular dentro de una teoría general del comportamiento de los cuerpos.

Es así como en el seno del mismo pensamiento positivista, aparecieron teorías y principios que cuestionaban sus propios fundamentos; nos referimos al principio de indeterminación, de Heisenberg, donde el observador afecta lo observado, debilitando el criterio de supuesta objetividad entre el sujeto que investiga y el objeto investigado. El principio de complementariedad, de Bohr, que permite la explicación de un fenómeno desde dos perspectivas distintas, como es el caso de la luz, cuyo comportamiento físico, puede ser comprendido de forma dual, bien sea como una onda o como una partícula. El principio de exclusión, de Pauli, según el cual, existen leyes y/o sistemas que no derivan de las leyes que gobiernan a sus componentes (Martínez, citado).

En este sentido, si los avances científicos que primordialmente se venían suscitando a partir de la segunda mitad del siglo XX, en disciplinas como la física cuántica, la electrónica y la química, generaban debates epistémicos de envergadura, que conmovían las formas de pensar y discurrir tradicionales; mayores eran las controversias en el campo de las ciencias humanas, donde repetidas veces, los postulados positivistas chocaban con la naturaleza del hombre, de carácter contingente, finito, sometida a procesos socio históricos complejos y multidimensionales. Ya hacía tiempo, temblaban en sus cimientos las ideas mecanicistas que animaron René Descartes, Galileo Galilei, Kepler y Giordano Bruno, muy oportunas tal vez para explicar fenómenos y procesos naturales, pero imposibilitadas para abordar al individuo en su contexto psico-social-espiritual trascendente.

Es así como, comienzan a perfilarse nuevas ideas que desbordan los planos cognitivos meramente empiristas y/o racionalistas, y aparecen proposiciones como las sostenidas por Dilthey, Husserl, Weber, Freud, Kierkegaard, Heidegger, Gadamer, Ricoeur y Sartre, entre otros, quienes desde la fenomenología, la sociología, el psicoanálisis y la hermenéutica, inauguran nuevos enfoques y perspectivas ontoepistémicas, donde la ciencia establece una relación distinta; ya no con el objeto, sino con el sujeto de estudio, en un diálogo intersubjetivo de resonancias e implicaciones disciplinares, inter y transdisciplinares.

Como puede notarse, estas y muchas otras dificultades condujeron a filósofos, científicos y epistemólogos a replantearse otro modelo paradigmático: el post-positivismo; el mismo sostiene una “postura ontológica más flexible al aceptar que la imperfección de los sensorios y el intelecto humano, no permiten percibir y conocer el mundo y sus causas tal como están ahí afuera” (Rivas, citado por Terán, 2006, p. 3).

Desde este panorama narrado anteriormente, se develan así, corrientes que han surgido a partir de los dos principales abordajes de la filosofía contemporánea que son, la filosofía analítica y la filosofía continental. La filosofía, desde siempre, asentó escuelas y tendencias, que llegaron en momentos a un alto grado de rivalidad, el simple indiferentismo en el marco de una convivencia desconfiada, es un fenómeno característicamente contemporáneo. Desde este discurrir, irrumpe la existencia de dos tipos de ciencias, con objetivos y métodos diferentes. Las ciencias de la naturaleza, procuran explicar, establecer leyes y derivar estas leyes de otras; mientras que las ciencias del espíritu; por el contrario, procuran comprender y captar un significado.

### **Germinar de la Contemporaneidad**

En lo que concierne a la otra arista filosófica, que compone la época de la contemporaneidad, es decir la filosofía continental, también conocida como ‘pensamiento’ filosófico, afirma González

(2002), que está compuesta por partes filosóficas que contrastan a la filosofía analítica y que fueron desarrolladas entre el siglo XIX y XX en Europa continental. La filosofía continental, se opone a la idea de la objetividad del conocimiento y a la racionalidad filosófica; además, se caracteriza por ser especulativa, rechazar el cientifismo, carecer de análisis, de carácter más imaginativo e intuitivo y en clara oposición a la rama analítica, por continuar en cierta medida con las postulaciones de Immanuel Kant.

Entre sus principales pensadores destacan: Edmund Husserl, Jean Paul Sartre, Martin Heidegger, Michael Foucault, Albert Camus, Jacques Derrida, Giles Deleuze, Theodor Adorno, Max Horkheimer, Claude Lévi-Strauss, entre otros.

Algunas de las ramas filosóficas que pertenecen a la filosofía continental son:

#### *Fenomenología:*

Es una corriente filosófica idealista que estudia y describe los fenómenos de la conciencia tal cual como se muestran. La Hermenéutica y la fenomenología, tienen orígenes históricos independientes; no obstante, es un hecho innegable el que, a partir de un cierto momento, un complejo juego de influencias se desenvuelve entre ellas. La aseveración es notoria al constatar; por un lado, el interés recíproco de Husserl y Dilthey; y por otro, la explícita reformulación de la fenomenología como hermenéutica en Heidegger.

---

*Existencialismo:*

Esta corriente filosófica se preocupa por dar una respuesta a los problemas fundamentales del ser humano. Sostiene que la existencia antecede a la esencia, la realidad precede al pensamiento y la voluntad a la inteligencia. Los filósofos existencialistas, se centraron en el análisis de la condición humana, la libertad y la responsabilidad individual, las emociones, así como el significado de la vida. Sustentan que el punto de partida del pensamiento filosófico, debe ser el individuo y las experiencias subjetivas fenomenológicas del individuo. Sobre esta base, los existencialistas argumentan que la combinación del pensamiento moral y el pensamiento científico, son insuficientes para entender y concebir la existencia humana; por lo tanto, es ineludible un conjunto adicional de categorías, gobernadas por la norma de autenticidad.

En términos de la existencia e importancia de Dios, existieron tres vertientes del pensamiento existencialista: el ateo, representado por Sartre; el cristiano, cuyas figuras prominentes son: Kierkegaard, Dostoievski, Unamuno y Marcel; y el agnóstico, donde figura Camus; esta última propone que la existencia o la inexistencia de Dios, es una cuestión irrelevante para la existencia humana, Dios puede o no existir. El problema, tan solo por tener una idea firme, no soluciona los problemas metafísicos del hombre.

*Estructuralismo:*

Es una escuela filosófica que se centra en el análisis del lenguaje, la cultura y la sociedad. Su enfoque investigativo se concentró en el estudio de las ciencias sociales, donde creció hasta convertirse en uno de los métodos más utilizados en la segunda mitad del siglo XX. Su propósito íntimo analizar un campo específico como un sistema complejo de partes relacionadas entre sí; por tanto, en términos amplios y esenciales, el estructuralismo indaga las estructuras a través de las cuales se produce el significado, dentro de una cultura. De acuerdo con esta teoría, el significado es producido y reproducido, mediante varias prácticas, fenómenos y actividades que ofrecen sistemas de significación.

*Hermenéutica:*

Es una rama de la filosofía que se preocupa por entender los hechos humanos, considerando el contexto en el que suceden. Al parecer el término hermenéutica viene del dios griego Hermes (Mercurio para los romanos), quien se encargaba de desentrañar los significados ocultos; en todo caso la voz griega *hermeneuein* significa interpretar. Según el filósofo Hans-Georg Gadamer, también puede ser entendida, como la teoría de la verdad. La ‘comprensión’ envuelve algo más que un vínculo puramente cognitivo con un ‘objeto’; el individuo en cuanto totalidad, está comprometido en la misma. El sujeto deviene ‘Vida’, el objeto ‘Mundo’.

**A Modo de Colofón**

Las nuevas corrientes antes nominadas, presumen un gran cambio de pensamiento, con respecto a otras épocas de la historia de la humanidad, ocasionando principalmente un cambio y modificación en la manera en que se proveía la búsqueda del conocimiento. La filosofía contemporánea, transforma el rumbo que traía la filosofía moderna, la cual estudiaba principalmente la razón y el análisis del ser. En la contemporaneidad, la filosofía experimenta e intenta dar respuesta a una gran cantidad de cuestiones sociales, buscando, ante todo, el bien común.

Como quiera que sea, el recorrido realizado a lo largo de este trabajo, muestra cómo el afán del hombre por interpretar la realidad, el mundo y su propio sí no, se derrama en caminos interminables desde la remota antigüedad hasta nuestros días. Las ideas se rejuvenecen, aunque paradójicamente, a veces los aires juveniles se alimentan de los aromas del pasado; al menos así nos lo recuerda Fonollosa (1993), al citar la vieja sentencia de Protágoras: ‘el hombre es la medida de todas las cosas’ para destacar la relatividad de las verdades (ahora en plural, pues hay varias) que conducen a la apariencia. En la inquietante actualidad, se cuestionan los viejos relatos, de hecho, Lyotard (1991), declara su falta de credibilidad y anuncia el fin de la historia, lo cual, desde su opinión, se traduce en liberarse del subjetivismo y humanismo modernos.

Desde el ámbito de América Latina, algunos pensadores reclaman posturas que confrontan las ideologías dominantes heredadas de la modernidad, mediante las cuales se ha gobernado a los pueblos; para ellos, es importante determinar las lógicas que deben regir el cambio. A ello obedece, entre otros desafíos, inventar nuevos substratos ontoepistémicos para abordar los contextos y deconstruir el discurso dominante el cual, desde la modernidad colonial, instaura una visión eurocentrista, dando cabida a la dinámica del sistema mundo moderno colonial y coloca a Latinoamérica en su periferia, como un proveedor confiable de materias primas.

Con esta finalidad, Dussel (2005), elabora y propone el discurso paradigmático de la transmodernidad, como un proceso originado desde un ámbito distinto de la modernidad y posmodernidad europeo-norteamericana, el cual con actitud insurgente desde la ‘nada’, desde la exterioridad de lo distinto, emana de culturas antiguas que sobreviven y tienen presencia en la humanidad, en consecuencia asume los momentos positivos de la modernidad, pero generando una cultura con criterios distintos, fruto del diálogo intercultural y con capacidad de formular respuestas nuevas para los retos que el siglo XXI plantea.

En todo caso, a pesar de Lyotard, al parecer la rueda de la historia sigue girando y ofrece un conjunto de inagotables sorpresas. Será menester

mantenerse atentos a título de actores y testigos de un siglo que apenas desde sus inicios, parece resquebrajarse y cuestionar los valores que han conducido su destino; en efecto, son tiempos cuando la pandemia del Covid-19, dispensa sus retos y libera su caja de pandora.

### Referencias

- Bolívar, S. (1982). Escritos fundamentales. Caracas, Venezuela: Monte Ávila.
- Daros, W. (2015). La creación de la modernidad. Nuevos deseos e intereses de la humanidad. *Invenio*.18(34), pp. 51-65.
- Descartes, R. (2010). Discurso del método. Madrid, España: Colección Austral-Espasa Calpe.
- Dussel, E. (2005). Transmodernidad e interculturalidad (Interpretación desde la filosofía de la liberación). [Documento en línea]. Disponible: [https://enriquedussel.com/txt/Textos\\_Articulos/347.2004\\_esp.pdf](https://enriquedussel.com/txt/Textos_Articulos/347.2004_esp.pdf)
- Fogar, M. (2013). Corrientes del Pensamiento Contemporáneo. [Documento en línea]. Disponible: <https://hum.unne.edu.ar/academica/departamentos/educa/catedras/cpc.htm>
- Fonollosa, J. (1993). La posmodernidad, bases filosóficas y valores. *Enrahomar*, 20, 91-97.
- González, M. (2002). ¿Qué es Filosofía Contemporánea? (La unidad de la filosofía contemporánea desde el punto de vista de la historia de la filosofía). *Trans/Form/Ação* 25 (1). [Documento en línea]. Disponible: <https://doi.org/10.1590/S0101-31732002000100003>
- Gómez, R. (1986). Historia básica de la filosofía. Madrid, España: Magisterio.
- Guba, E. y Lincoln Y. (2002). Paradigmas en competencia en la investigación cualitativa. En Denman, C. y Haro, J. (Ed.) Por los Rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social (pp. 113-145). Hermosillo: El Colegio de Sonora.
- Lamana, E. (2010). Historia de la filosofía moderna: De Descartes a Kant. *Enrahomar*, 19,55-57.
- Landa, J. y Bolívar, J. (2019). Hay vida más allá de los polos (Conversación sobre otra Venezuela). Caracas, Venezuela: Maltiempo Editores. Fondo Editorial del Caribe.
- Lyotard, J. (1991). La condición posmoderna. Informe sobre el saber. Buenos Aires, Argentina: R.E.I. Argentina.
- Martínez, M. (2000). El proceso de nuestro conocer postula un nuevo paradigma epistémico. *Relea*.
- Severino, E. (1986). La Filosofía Moderna. España: Ariel.
- Terán, A. (2006). Paradigmas de investigación. Concepciones básicas. Quito, Ecuador: Soboc Grafic.
- Toro, M. (2007). Historia de la Filosofía Moderna. Granada: Comares.